

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, ABRIL 1º DE 1874.

{ NUM. 57.

En obsequio de los señores suscritores á *La Enseñanza*, y para que puedan leer oportunamente los artículos religiosos alusivos á la Semana Mayor, damos estos en las columnas del *Album*, en lugar de las materias de costumbre.

### VIERNES SANTO.

¡El día mas solemne de los tiempos! El día en que, para vencerla, se hizo presa de la muerte el que es la vida misma, fué el que ofreció á los cielos y la tierra el mas sublime é incomprensible de los espectáculos de la bondad inmensa de un Dios infinitamente misericordioso. Morir el Criador por salvar de la muerte á su criatura, sufrir la pena de la culpa la inocencia misma, ¿puede esto comprenderse, puede alcanzarse tanta bondad, tan increíble abnegación por la sola inteligencia humana, si no la iluminan la luz de la gracia y los rayos de la fé?

Antorcha inextinguible de la fé católica, solo tú, encendida en el fuego del cielo, puedes iluminar

vívidamente los inconmensurables horizontes del vastísimo plan del Criador con respecto al hombre. Un solo día, preparado por siglos y seguido de millares de años, bastó á revelarnos el amor inmenso con que nos mira el Señor. Al pié de la cruz del Gólgota todo se ve claro. Su plan incomprensible á la raza humana, como una ciudad vista desde una eminencia cercana, se descubre íntegro desde la cumbre del Calvario. Un solo pasaje de la Historia Sagrada basta para explicarnos todos los secretos de la humanidad; es la clave que nos descifra los grandes misterios que parecen envolver su existencia; con él sabemos ya de dónde vienen y adónde se dirigen esos grandes grupos de viandantes, como perdidos en el desierto sin agua de la vida, y que se llaman razas y pueblos, hombres y naciones. ¿Quién soy, de dónde vine y adónde me dirijo? Hé aquí la pregunta que nos hacemos instintivamente y sin cesar todos los hombres, cuando envuelta la cabeza con los velos de la meditacion ó levantando en alas de la plegaria nuestro corazon, nos salimos, por decirlo así, de la atmósfera de la tierra, y nos hundimos en el éter sutil de la eternidad, para preguntarnos allí á solas y en silencio, sobre nuestro origen y nuestro destino.....

Yo existo, y yo no me crié á mí mismo. ¿Quién

puede dudar de estas dos verdades evidentes? ¿Me crió un sér criado? ¿Quién crió entónces á mi criador? ¿Otro criador criado á su vez? ¿Dónde termina, pues, esta cadena de criaturas sin criador? Si me repugna que yo solo exista sin causa, mas repugnante me es todavía admitir que sin ella exista una série incontable de criaturas. Me crió, pues, un Supremo Criador de todas las cosas. ¿Y á él, quién lo crió? ¿Se crió á sí mismo? No pudo ser ántes como Criador y despues como criatura. No se crió porque fué siempre; solo así comprende su existencia mi razon. Pero si digo que fué siempre, digo entónces sin pensarlo, que será. Pero siempre, y tiempos pasado y futuro se excluyen; luego solo puedo decir: Mi Criador es. Mas si es el único sér que existe por sí, tengo necesariamente que decir tambien que cuanto existe es Él ó criado por Él.

Yo concibo un sér sábio y otro mas sábio, y así sucesivamente. Yo concibo un sér bueno y otro mas bueno, y así continúo subiendo los grados de la escala de la bondad..... mas yo no puedo concebir algo mas sábio que la sabiduría, ni algo mas bueno que la bondad. La bondad y la sabiduría son algo positivo, algo que existe. Todo lo que existe recibió su existencia de Dios, ó es Él mismo. Dios es, pues, lo mas sábio y lo mas bueno que se pue-

de ser, es decir, su sabiduría y su bondad son infinitas.

El plan, con respecto á su criatura, de un Criador infinitamente sábio y bueno, debe ser, aunque no infinitamente con respecto al grado, si infinitamente bueno en orden á un fin tambien bueno. Dios crió al hombre. ¿Para qué fin bueno y con qué objeto sábio lo crió? La respuesta á esta incesante pregunta del corazon humano, está escrita con la sangre preciosísima de Jesucristo sobre las rocas del Calvario, y allí la leen sin cesar los atónitos ojos de los espíritus celestiales con claridad sobrenatural, y la débil pupila humana alumbrada con los rayos de la fé.

Escuchemos á la verdad católica..... Nos lo explicará todo, porque todo lo que puede saberse lo sabe ella.

Dios crió un sér con una alma inteligente y libre, con un cuerpo bello y sano. Lo colocó en un lugar de delicias. Lo rodeó, por decirlo así, de dicha, de manera que á cualquier lado que se dirigiese se encontrase con la felicidad misma y fuese siempre feliz, porque esa era su naturaleza. Se la duplicó, además, dándole una compañera con quien duplicarla y compartirla. Le dió, en fin, la facultad de multiplicarla reproduciéndose á sí mismo, sin minorarse ni ménos consumirse. Suponed desterradas para siempre de la tierra el hambre, la intemperie, las enfermedades y las pasiones, todo lo que pueda afligir el cuerpo ó contristar el alma. ¿No sería la tierra entónces una magnífica mansion, y muy grande la dádiva de nuestro Criador? Pues esto mismo y mas que esto fué el paraíso, es decir, el estado primitivo del hombre. ¡Oh! la dádiva era grande en sí misma. Pero ¿quién da mas, el que da la cosa, ó la cosa y con ella el derecho de darla? Pues dió Dios al primer hombre, no solo la felicidad, sino la libertad que envolvía el derecho á ella. Solo una bondad infinita puede dar sin dar. Solo un Dios puede darle todo y darle así.

Mas el hombre con libertad abusó de ella y se hizo desgraciado. La dádiva del Señor parece fué en este sentido peligrosa al ménos. ¿Diríamos que era mala una madre que teniendo en sus brazos á su hijo, los abriese para dejarlo caer, sabiendo que ántes de que diese en el suelo habia de poder asirlo y tornar á levantarlo, ya convertido en ángel? ¿Pues por qué reprocharle á nuestro bondadoso Padre que fingiese, por decirlo así, dejarnos caer para asirnos en el aire y levantarnos ángeles? ¿Dudais que fué esto lo que hizo con nosotros nuestro Padre?

Vemos el camino y no nos fijamos en el fin. La vida es tan solo un tránsito á la eternidad. La vida del hombre debe rematar en el cielo, y este es tan superior al paraíso terrenal, como la naturaleza angélica lo es á la corpórea. ¿Qué importa, pues, la caída original, si ella nos habia de abrir el cielo? Mas muchos desfallecen cansados en medio del camino y suspiran por el paraíso, porque temen no llegar con feliz arribo á la eternidad. La existencia humana es un sendero de abrojos. Las pasiones nos abrasan con su fuego devorador; enfermedades y miserias nos asaltan; la muerte nos espera. «El hombre nació de mujer, decia Job, viviendo breve tiempo, se llena de muchos dolores.» ¿Y eso nos asusta?

¿Qué diríamos si al otro lado de los mares se nos pusiese un inmenso tesoro y se nos dijese: «es vuestro con tal de que atraveséis el océano tranquilos y confiados?» Si se nos asegurase de una manera infalible que sus tormentas serian aplacadas con solo quererlo nosotros, y que á medida que fueran mas procelosas sería mayor el tesoro que se nos daría, ¿tendríamos miedo de ir á recibirlo teniendo confianza de que ningun peligro sería mas fuerte que nuestros esfuerzos? ¿Pues por qué tememos entónces los azares de la vida si estamos seguros de que la gracia del Señor todo lo puede, y de que con solo quererlo verdaderamente, la tendremos siempre dentro de nosotros mismos?

Cayó el primer hombre, y la haz de la tierra se inundó de llanto, de tristeza y de dolores. Desobedeció el hombre, y todas las demas criaturas se conjuraron contra la criatura rebelde. La ofensa de la

criatura al Criador era irreparable, porque el pecado llenaba esa inmensa distancia, é indispensable era una reparacion infinita. No podia el hombre por sí solo reparar su falta, y Dios en su bondad insondable le dió una Víctima cuyos merecimientos infinitos la borrasen ante su acatamiento. Una vez expiada la culpa humana que obstruía la gracia, la bondad divina llovió á torrentes sobre el hombre, rehabilitado ya ante el amor de su Criador.

Sobre una colina estéril y peñascosa que domina la ciudad de Jerusalem, el Hijo humano del Eterno espira entre dos ladrones. Toda la Judea la habia llenado de admiracion con sus milagros: los corazones estaban llenos de su doctrina y sus ejemplos; el Hijo nacido de una Virgen predicha por todas las naciones, habia vuelto la vista á los ciegos y la paz del corazon á los arrepentidos, habia sanado á los enfermos y alimentado á las turbas. Concluida su mision de Maestro, dió principio á su tarea sublime de Salvador de los hombres, preparándose con la oracion á cumplir la voluntad de su Padre celestial. Iban ya á tener su último cumplimiento las sagradas profecías.

El Hijo del Señor, en la cumbre del Gólgota, agonizaba á la vista de una turba impía y feroz que blasfemaba de su santo nombre. Un trastorno general de la naturaleza anuncia la muerte de su Criador. Cuando el ángel de la destruccion, segun la frase de Klopstock, volaba y revolaba ya en torno del Señor sin atreverse á herirlo, levantando el rostro dijo el Unigénito del Padre: *Omne consummatum est.*

¿Qué fué, Señor, lo que se consumió entónces? El gran plan de la Divinidad estaba cumplido como lo habia ordenado su misericordia y prometido su palabra. La redencion del hombre estaba consumada; el Hijo de Dios se hizo hombre, y muriendo por sus hermanos, dejaba expiada con su muerte la culpa del linaje humano, quebrantando el poder de las tinieblas y abiertas las puertas del nuevo paraíso. Con su muerte dejaba á favor de sus débiles hermanos un tesoro infinito de gracias, del que pudieran tomar, como de un mar sin fondo, su esfuerzo los mártires, su pureza las vírgenes y su perseverancia los confesores; los atribulados consuelo; los pecadores, arrepentimiento y luz para su mente; paz para su corazon, todos los hombres. La muerte del Señor habia trocado los padecimientos en joyeles de las coronas inmortales de los bienaventurados, las penas de la vida en palmas de los triunfadores de las pasiones. Todo estaba consumado. Al morir nuestro Señor Jesucristo, los velos se rasgaron y se disiparon las tinieblas. Los designios de Dios se hicieron patentes á los hombres.

Nacemos destinados para el cielo. La bondad de nuestro Criador nos proporciona durante nuestra vida, fugaz como una sombra, los brillantes de pena y de dolor con que debemos adornar nuestra inmortal corona: nos da estos brillantes y la fuerza para labrarlos, y nos dice, sin embargo, cuando muerto el cuerpo volvemos ante su acatamiento: Hijos míos, son vuestras estas diademas que deben ceñiros la eterna bienaventuranza. El Señor da la simiente y el incremento, y la cosecha es nuestra. ¡Ah! todo se comprende á la luz de la fé. Dios mismo ha muerto por los hombres. ¿Qué podrá negarnos, segun la santa palabra del Apóstol, el Eterno Padre, cuando nos ha dado á su propio Hijo? La vida del hombre sobre la tierra, que pasa veloz como la nube, debe rematar en la eternidad. ¡Ventura plena y que jamas se acaba! ¡Señor, Señor! al morir Tú todo quedó consumado. Vuestros sacrosantos designios son dignos de vuestra bondad. ¡Qué felices somos en tenerte por Padre!

¿Qué importan las penas de la tierra, si despues, pasados pocos dias, hemos de vivir eternamente en tí, Señor? Tú has sufrido. Tú has muerto; ¿y no hemos de sufrir, y no hemos de morir nosotros?

Peregrinos somos los hombres sobre este suelo de dolor. La pena y la muerte rasgarán nuestro ropaje mortal; pero nuestra alma nunca morirá. Nos has amado, Señor, hasta la muerte. Por tu amor te lo pedimos, cúbrenos con tus alas cuando el vendaval de la desgracia nos azote, y despues Tú sé nues-

tro, pues solo Tú puedes llenar nuestro corazon eriado por Tí, y solo para Tí!

JOSE DE JESUS CUEVAS.

México, Marzo de 1869.

## JESUS.

A. E. G. de C.

Nonne hæc oportuit pati Christum,  
et ita intrare in gloriam suam?

SAN LUCAS, XXIV, 26.

Despojado de luz el firmamento,  
Rugiendo en quejas el salobre abismo,  
La tierra en convulsion, natura toda  
Absorta ante el horrendo cataclismo,  
Anuncian se consuma el gran portentoso  
Que sobre todos los prodigios crece;  
Y un labio que alta inspiracion ampara,  
Al asombrado Areópago declara  
Que el Universo espira, ó Dios padece.

¡Ciega Salém! De Sinaí las tablas  
A sabor de tus vicios interpretas;  
Por Fariseos hablas,  
Y los á tí mandados sacrificas.  
Lapidadora antigua de Profetas,  
¿Cómo la culpa explicas  
Que al linaje de Adán mancha y oprime,  
Si á la expiatoria cruz niegas la mente,  
Que erigida del Gólgota en la frente,  
Al Universo mísero redime?

¡Error de muerte tus entrañas roe!  
De David el salterio  
No alegra ya las ondas de Silóe.  
Tiénete el oro en duro cautiverio,  
El sensual paganismo te contagia;  
Y de Ezechiel borradas las visiones,  
Nada á tu yerto espíritu presagia  
Que esperado Mesías  
Ya huella de Israel los pabellones,  
Y descifrando signos y figuras,  
Apropiándose humanas amarguras,  
Realiza el vaticinio de Isaías.  
¡Salém! por eso en porvenir cercano  
De tu garganta arrancará el romano  
El lamento inmortal de Jeremías!

Bajo de un mismo cetro sojuzgada  
La humanidad, tras lid desgarradora,  
En vaga espectacion á toda hora  
Vuelve á los cuatro vientos su mirada.  
Entónce en un rincon de Palestina,  
El humilde Moisés de Galilea  
Promulgando vivífica doctrina,  
La paz del alma y el consuelo crea.

Él beatifica la pobreza, el llanto:  
Ensalza la humildad: el tierno niño  
Al ángel equipara con cariño:  
La mujer emancipa: el dogma santo  
Del derecho á los débiles señala;  
Y miéntra á todos en su amor iguala,  
Moralista, Profeta, Dios en suma,  
Traza en rasgos divinos  
El origen del hombre y sus destinos.

¿Qué maestro enseñó la siempre nueva,  
Trascendente doctrina, que así manda  
Amar al enemigo, aun en su furia,  
Como rogar al Padre respondiendo  
Al flagelar de innecesaria injuria?  
¿Quién dió de caridad tan alto ejemplo,  
Y á la virtud tan célica fragancia?  
¿Quién de fraternidad y tolerancia  
Zanjó en la tierra el admirable templo?

Es su lenguaje extraña melodía,  
Sencilla y poderosa:  
Ni del génio de Grecia procedía,  
Ni del arte de Roma portentosa.

El solo nombre de JESUS encierra  
 Tesoro de ternura y poesía  
 Que no cabe en el tiempo ni en la tierra.  
 Inventado en los cielos, de los mundos  
 Penetra la extension; allí fulgura  
 Por toda eternidad, y con fé pura  
 En torno de su gloria indeficiente  
 La adoracion erige sus altares,  
 La elevada razon en él se afianza,  
 Y por siglos y siglos á millares,  
 El áncora será de la esperanza.

Tal es, Salém, el Dios que con prolijos  
 Suplicios ya tu insensatez provoca,  
 Su sangre sobre tí, sobre tus hijos,  
 Llamando impía con blasfema boca,  
 Púdo burlar tu afan, como en su enojo  
 Pudo romper los diques del diluvio  
 Y secar los abismos del Mar Rojo;  
 Pero á su obra divina consagrado,  
 El rayo de su fuerza encadenado  
 Yace al pié de su cruz; y muerte, oprobio  
 Aceptando del hombre que le abrumba,  
 Del hombre al fin la redencion consuma.

¡Creador! ¡Redentor! ¡Padre dos veces!  
 ¿Cómo podrá elevarse el pensamiento  
 De gratitud al justo rendimiento  
 Que por tu inmensa abnegacion mereces?  
 Por tí con largas creces  
 La criatura el perdido Eden recobra;  
 De la copa del mal vierte las heces,  
 De gozo y bendicion en frutos sobra.  
 Los grillos del error y del averno,  
 Gran Regenerador, tu diestra rompe;  
 Y con libre conciencia,  
 Sin sangriento holocausto,  
 En incienso de amor, en inexhausto  
 Culto puro tu grey te reverencia.

Cumplióse el asombroso  
 Decreto inexcrutable: de la tumba  
 Renaces glorioso!  
 ¡Víctima y triunfador! doquier retumba  
 El son de tu victoria;  
 Y sus himnos jocundos  
 Estremecen de júbilo los mundos  
 Y los cercos eternos de la Gloria.

En tu suplicio y triunfo  
 Fenece el mundo antiguo, el nuevo empieza:  
 Cumplida con insólita grandeza  
 En la Sion terrena tu justicia,  
 En la Sion celeste ya propicia  
 Reina tu paternal misericordia;  
 Y de la creacion en el gran templo  
 Siempre ¡oh Cristo! serás, será tu ejemplo  
 La clave de esperanza y de concordia.

C. COLLADO.

Marzo 20 de 1869.

## EL CAMINO DEL GOLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre  
 Entibiaba las aguas del mar Muerto,  
 Estaba ardiente el polvo del desierto,  
 Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,  
 Y en Jericó desmáyanse las rosas:  
 Las horas pasan lentas y tediosas,  
 Y están inquietas en Salém las almas.

El Señor entretanto, sin consuelo,  
 Y desangrado y con la cruz al hombro,  
 Iba llenando de estupor y asombro  
 Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante  
 Entre soldados de robustas cotas,  
 En medio de mil lanzas y garzotas,  
 Y triste el Centurion iba delante.

Entre la grita y el tropel impío  
 De la insolente guardia pretoriana,  
 Caminaba el Señor esa mañana  
 Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente  
 En medio de tan lúgubre aparato  
 La amarga historia de su mundo ingrato,  
 Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitacion del dia,  
 Que va su cuerpo de sudor bañado,  
 Y sin aliento va, y en tal estado  
 Su corazon perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla  
 De las desiertas rocas moradora,  
 En garras del halcon que la devora  
 Sufre inocente, y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente  
 Puédese apenas descubrir al Verbo;  
 En sus ojos se ve pesar acerbo,  
 Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido, y desvelado,  
 Falto de fuerza á la fatiga cede,  
 Y en languidez mortal seguir no puede  
 Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente  
 Por su cuerpo blanquísimo, hasta el suelo,  
 Cubre sus ojos tenebroso velo,  
 Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta, ¡oh Padre! del Ungido aparta  
 La copa de dolor que está bebiendo:  
 Su alma se rinde en lance tan tremendo,  
 Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena  
 Inconsolable Dios lanzó un gemido,  
 Hasta que al fin, á su dolor rendido,  
 Cayó y su rostro se estampó en la arena.

Entónces crece el popular murmullo,  
 La burla entónces del gentil osado,  
 Entónces los insultos del soldado,  
 Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,  
 Y quedóse un instante sin aliento,  
 Pálido, sin calor, sin movimiento,  
 Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,  
 Mojada en sangre y en sudor la ropa,  
 Hecho el ludibrio de insolente tropa  
 Y objeto de sacrílego alarido;

Es el mismo que estaba allá presente  
 Cuando el Padre los cielos extendia:  
 A los astros caminos prescribia  
 Y les daba la luz resplandeciente;

Es el mismo Criador, el Hijo mismo  
 Que si amenaza al mar, el mar se humilla,  
 Que pasar no lo deja de su orilla,  
 O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo;  
 Pero cuando su rostro centellea,  
 La alta montaña formidable humea,  
 Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y expuesto á mil sonrojos,  
 Bajaba el melancólico semblante,  
 Y solo á veces por algun instante  
 Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto  
 Al deshonrado Gólgota camina  
 Y al grave peso de la cruz se inclina,  
 Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Virgen bella,  
 En sus ojos, Señor, tus ojos clavadas,

Pero al mirarla, de dolor temblabas,  
 Y al mirarte temblaba tambien ella.

Y suda de amargura y de congoja,  
 Viendo el sudor de tu humillada frente,  
 Y sin consuelo llora la inocente  
 Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto  
 Te acompaña tu Madre desvalida,  
 Pasada el alma con terrible herida,  
 Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entretanto la Roma de Tiberio  
 Dominada de lúbricas mujeres,  
 Al fausto se entregaba y los placeres  
 Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,  
 El pecho y piés descubren licenciosas,  
 Miétras que por venderse las esposas  
 Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías  
 Tu deshonor y suplicio van llorando:  
 ¿Por qué no muestra corazon tan blando  
 El pueblo todo que escogido habias?

«¡Ay! no lloreis por mí, dices gimiendo,  
 Por vosotras llorad y vuestros hijos:  
 Tiene el grande Jehová los ojos fijos  
 En Salém y en el Gólgota tremendo.

«Si esto que veis, le pasa al inocente,  
 Al Hijo mismo del Criador del cielo,  
 ¿Qué esperanza le queda de consuelo,  
 Qué esperanza le queda al delincuente?»

«Un enemigo irresistible y duro  
 Os cercará de foso y de trinchera,  
 Matanza sin piedad habrá por fuera,  
 Matanza sin piedad dentro del muro.

«Temblarán las doncellas delicadas  
 De las armas romanas al estruendo,  
 Y de Jerusalem saldrán huyendo,  
 ¡Ay! huyendo como aves espantadas.

«El extranjero, de piedad ajeno,  
 Con el pueblo será tan inclemente,  
 Que cruces faltarán para la gente,  
 Y para cruces faltará terreno.

«Vendrá la peste y la hambre asoladora,  
 Seguiránse batallas á batallas,  
 Y abrásará palacios y murallas  
 Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

«Sangre y mas sangre correrá en el foso,  
 Y en esas calles que darán espanto,  
 Y en esas plazas húmedas del llanto  
 Del niño, de la esposa y del esposo.»

Dijo, y los pretorianos sus vasallos  
 Lo impelen y urgen con terrible acento,  
 Y al tocar en el Gólgota sangriento,  
 Cayó en tierra á los piés de los caballos.

MANUEL CARPIO.

## A CRISTO EN LA CRUZ.

La esencia de tu sér y de tu gloria,  
 De tu saber la indeficiente luz,  
 Tus abismos de amor, tu inmensa historia  
 Quisiste compendiar en una Cruz.

¡Sublime redencion, rico tributo  
 Por volver al Eden la humanidad!  
 De entonces acá la luz es nuestro luto,  
 Tu Epitafio, Señor, la Eternidad.

Ya no puedo temerla; si nefario  
 Hijo de Adan, por serlo me manché,  
 María vela tu sangre en el Calvario,  
 Voy á adorarla de la Cruz al pié.

JUAN DE DIOS ARIAS.

## LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

Lanzaba el sol su fuego á medio día  
Sobre las tristes rocas del Calvario,  
El campo estaba ardiente y solitario,  
Y hoja ninguna en su árbol se movía.

Busca el leopardo en medio de arenales  
Las tibias aguas del Jordán revuelto,  
Busca las sombras el venado esbelto  
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena  
El cuello tuerce el espinoso cardo,  
Y entre las grietas del peñasco pardo  
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre Dios allá pendiente  
En la cumbre del Gólgota gemía,  
Y sudaba y temblaba en su agonía  
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas  
Del patíbulo horrendo, y casi muerta,  
A ratos lloras con la faz cubierta,  
La vista á ratos en el hijo clavás.

Al mirarle temblar suda tu cuello,  
Y tu alba frente suda, y te estremeces,  
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,  
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atroz! su sangre roja  
Brotó caliente y al brotar humea,  
Y á proporción que de Jesús gotea,  
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento:  
Eres pobre, y oscura, y despreciada:  
No le debes siquiera una mirada  
Piadosa al legionario desatento.

A cada queja que el tormento arranca  
De la boca sedienta del Ungido,  
Exhalas profundísimo gemido,  
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algún desapiadado  
De blasfemar del inocente Verbo,  
Cuando escuchabas con dolor acerbo  
La risada insultante del soldado.

En tanto el mundo estólido levanta  
Hasta el cielo á sus héroes y sus sábios,  
Que no eran dignos de poner los labios  
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente  
Aplicar en el labio moribundo  
Amarga hiel al Hacedor del mundo,  
Su misma Madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario  
El furor de estruendoso remolino?  
¿Cómo de fuego inmenso torbellino  
No derriñó las peñas del Calvario?

¿Cómo es, Hija de Abraham, que ver pudiste  
Los furores de escena tan tremenda?  
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda  
Sin desmayar tu corazón resiste?

Tus lágrimas rodaban á tu seno,  
Y mojaban tus pechos virginales,  
Que nutrieron al Dios de los mortales  
Allá de niño, en tiempo mas sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo,  
Todo desgarras tu profunda herida,  
El muro y torres, la ciudad querida,  
El templo augusto, el Olivar tremendo.

En medio del dolor mas inhumano,  
En contorno buscabas un asilo,  
Y en contorno encontrabas muy tranquilo  
Al verdugo y al bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos  
Diste gemidos tristes y dolientes,  
Cual suelen las palomas inocentes  
En los sauces amargos de los ríos;

Y las manos blanquísimas torcíás,  
Y las alzabas al tremendo cielo,

Y no encontrabas á tu mal consuelo.  
¡Cuán otra estabas en mejores días!

Todo á tu blando corazón aterra;  
Cercada estás de pálidos tiranos;  
Se palpan las tinieblas con las manos:  
Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba  
De esparcir el terror, y tú entre tanto  
Temblabas ¡ay! atónita de espanto  
Sobre el Calvario, que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos,  
Y entre las rocas puesta de rodillas,  
Enjugas en tus pálidas mejillas  
El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos  
Todos estremeciéronse tus huesos,  
Y en tan mortal languidez ni darle besos,  
Ni tampoco pudiste darle abrazos;

Pero después le das ósculo ardiente,  
Y mil abrazos que el amor demanda,  
Acariciando con tu mano blanda  
Sus muertos ojos y su helada frente.

¿Quién creyera al mirar á este hombre muerto  
Reclinado en el seno de su Madre,  
Que fuese el mismo resplandor del Padre,  
Y el Jehová del Mar Rojo y del desierto?

Del Gólgota no léjos algún día,  
Para vengar tan bárbaro delito,  
Pondrá sus tiendas el romano Tito  
Y entónces ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalén que ya le espera  
Hambre, y matanza, y fuego pavoroso!  
La ceñirán de inmenso contrafoso,  
La ceñirán de sólida trinchera.

La estrechará feroz infantería,  
Y en medio del furor de la batalla  
Por la brecha entrarán de la muralla—  
¡Virgen, perdona á la nación judía!

MANUEL CARPIO.

## EL BUEN PASTOR.

### I

Dadme del querubín el arpa de oro,  
Del ángel la armonía,  
Y elevaré mi cántico sonoro,  
Al amor de Jesús y de María.

Cual Israel en Mizraim cautivo  
Gimió en duras prisiones,  
Gemía así mi corazón altivo,  
Juguete vil de indómitas pasiones.

Del mundo me sedujo el gozo breve,  
La pompa y arrogancia,  
Y á su fuego deshízose cual nieve  
El candor inocente de mi infancia.

¡Ay! cual la leve gota de rocío  
Se pierde en anchos mares,  
En un mar de dolor el placer mío  
Perdióse y sufro bárbaros pesares.

Y místico cual la flor en el desierto,  
Quedé solo en la tierra;  
Mi corazón rebelde estaba muerto,  
Duro cual mármol que el sepulcro cierra.

Y ceñido de angustia y de congoja  
Lanzaba hondo suspiro:  
Caer, cual de árbol verde hoja tras hoja,  
¡Ay! mis doradas ilusiones miro.

Mas ví en sueños pasar una doncella,  
Muy mas que el sol hermosa,  
Mas apacible que la luna bella,  
Y mas fragante que lozana rosa.

El fris coronaba su alba frente;  
Azul era su manto;

Su túnica cual lirio de la fuente,  
Su rostro lleno de bondad y encanto.

Atónito mirábala y me dijo:  
«No temas, soy María;  
Tu Madre soy: levántate, mi hijo,  
Y cese en mi regazo tu agonía.»

«Yo soy la Madre del Amor hermoso;  
Mi amor es blando y tierno;  
Ten fé y de nuevo te verás gozoso  
Bajo las palmas del hogar paterno.»—

Y al punto se apagaron mis gemidos,  
Y un jóven se presenta  
Traspasando en beldad á los nacidos,  
Y cariñoso junto á mí se sienta.

«¡Miseró! Yo conozco á mis ovejas,  
Yo soy el Pastor bueno;  
Oí benigno tus sentidas quejas,  
Y aquí me tienes,» dijo de amor lleno.

Y en sus hombros poniéndome, camina,  
Y va de risco en risco  
Descalzo hollando la punzante espina,  
Y me traslada á su seguro aprisco.

Y después en tranquilo apartamiento,  
Adonde nunca llega  
Del mundo falso el corruptor aliento,  
Conmigo á tiernas pláticas se entrega.

### II

Y en mi pecho derraman la dulzura  
Sus palabras de vida,  
Y me convierte el cáliz de amargura  
En sabrosa bebida.

Con su sangre inocente, del pecado  
Lava la mancha horrenda,  
Y de mis ciegos ojos, apiadado,  
Quita la oscura venda.

Y me besa y la Cruz graba en mi frente,  
Y effiñeme con brillo  
Traje nupcial, y póneme clemente  
De la gracia el anillo.

Y músicas prepara de alegría  
Y espléndidos festines,  
Y me sienta á la diestra de María  
Entre mil querubines.

«Grande era, dice, mi aflicción y pena,  
Que muerto lloré á mi hijo;  
Mas le encontré, y mi espíritu se llena  
Por él de regocijo.»

«Por el hombre que hiciere penitencia  
Mas gozo habrá en el cielo,  
Que por la dulce paz y la inocencia  
Del justo en este suelo.»

«El pecador que pone su confianza  
En mi Madre y Señora,  
Vendrá con ella al arca de la alianza  
Do eterna dicha mora.»—

Me inunda desde entónces dulce calma,  
Del mundo en el retiro;  
Y por volverse á Dios anhela el alma  
Con férvido suspiro.

Al monte del Amor venid, mundanos,  
Do habita el Pastor bueno,  
Y limpiará con sus divinas manos  
Vuestro manchado seno.

Y de la gracia ensalzareis rendidos  
La sin igual victoria,  
Y al salir de este valle de gemidos  
Entrareis á la gloria.

Dadme del querubín el arpa de oro,  
Del ángel la armonía,  
Y elevaré mi cántico sonoro  
A Jesús y á María.

JOSE SEBASTIAN SEGURA.